

sólo el uso de los sentidos externos sino también el de los internos, y la lleva á noticias puramente intelectuales, y á la unión mística y transformativa de amor con Dios. El alma obra en estos raptos como si no estuviese unida al cuerpo, sin el concurso de la fantasía y de los sentidos. Por medio de un amor espiritual y puro se transformá en Dios, y de dos espíritus se forma uno solo.

En el raptó se distingue lo más elevado de él y sus intervalos. En lo más elevado del raptó el alma está toda perdida á sí misma y con todas sus potencias está unida á Dios. No oye, no ve, ni siente. No excede el tiempo que dura de media hora. En los intervalos, la voluntad queda en Dios y las otras potencias pueden ejercitar algunos de sus actos con la luz que Dios les comunica y presto vuelven á suspenderse; y si en el raptó se tienen visiones imaginarias, esto sólo sucede en los intervalos.

En el raptó perfecto el cuerpo queda como muerto y algunas veces es llevado por los aires; y esto se advierte al principio del raptó, lo cual causa turbaciones y temores; pero el alma debe arrojar se prontamente en los brazos del Señor para que la lleve á donde quiera. De nada sirve ninguna resistencia; pero puede pedirse humildemente al Señor que impida aquella elevación; y si Dios se lo concede quedará con los mismos efectos que si hubiese condecendido en el raptó.

Después del raptó el cuerpo queda con tanta

ligereza, que al andar le parece que no toca en la tierra; y sucede á veces que de enfermo queda sano, fuerte, sin dolores, libre de toda pena.

La tercera especie de raptó es el que tuvieron, según Sto. Tomás, Moisés y S. Pablo, y en cual no tenemos para que ocuparnos.

CAPITULO V.

*El desposorio del alma con Dios.
Matrimonio espiritual, llagas y heridas de amor.*

El desposorio espiritual tiene lugar durante el raptó perfecto. El Señor, después de haberse mostrado al alma en la simple unión de amor, y de haberla preparado con ansias y penas de amor, la introduce á su presencia ó la transforma en su amor, y queda establecido el desposorio entre el alma y Dios. Síguense frecuentes raptos y éxtasis que al aumentar su belleza y sus virtudes, la van disponiendo para entrar en el tálamo nupcial de su esposo divino.

Dios Ntro. Señor en su desposorio con el alma santa, la enriquece de preciosos dones, como son el sumergirla con todas sus potencias en un abismo de luz, de paz y de suavidad inexplicables; y de comunicarle como esposa sus secretos, mostrándole alguna parte de la gloria que le tiene prevenida. Aquí también le comu-

nica altísimas noticias de Dios y de sus divinos atributos.

Si tuvo alguna visión imaginaria, podrá decir algo de ella; respecto de las intelectuales no siempre sucederá lo mismo; pero quedarán profundamente grabadas en lo íntimo de su espíritu sin que jamás se le olvide.

Después de los raptos el alma queda también enriquecida de celestiales dones, como son los siguientes: Un conocimiento sublime y una elevada estimación de Dios Ntro. Señor, unidos á un amor muy vivo que quisiera derretirse en alabanzas del Señor. Un gran conocimiento de su bajeza y un total desprecio de sí misma; un profundo despego de todo lo terreno: todo le causa fastidio fuera de Dios, y aun le es penosa la vida. Por otra parte, queda el alma llena de fortaleza y de celo por la gloria de Dios; inclinada y vuelta á El con todas sus potencias interiores y exteriores; y de ordinario aun sus primeros movimientos por su frecuente trato con Dios y la firmeza que él le ha comunicado.

Algunas veces presenta el Señor repentinamente á los ojos de su esposa, los dones y virtudes con que la ha enriquecido; como si estuviese en un jardín lleno de flores encerradas en sus capullos, y se abriesen despidiendo suavísima fragancia que siente el alma con gran placer; y tomando aquellas flores las ofrece con su corazón á su divino esposo.

El alma que ha llegado á los desposorios con Dios, no está exenta de cruces, que lo serán

para ella, las ansias penosas de ver á su Dios y de gozarle perfectamente, los desmayos y las heridas de amor que la harán gemir mientras no vea claramente á su esposo.

Más sublime y perfecta que el desposorio de que hemos hablado, es la unión estable y casi indisoluble del alma con Dios, que llaman los místicos matrimonio espiritual, que une tan estrechamente al alma con Dios, y la transforma en El tan íntimamente, que aquella unión no se llega á romper; y el alma siente siempre á su Dios en lo profundo de su espíritu. En esta unión tienen verificativo las palabras del Apóstol: El que se une al Señor, es un espíritu con El.

En el desposorio la unión entre Dios y el alma, es semajante á la luz de dos candelas que se unen y forman una sola llama; pero pueden dividirse; en el matrimonio se compara al agua llovediza que cae en un río ó á la del arroyo que entra en el mar: esas aguas no llegan á separarse. En cuanto á la unión de que tratamos, esto sucede por parte de Dios, mas no siempre por parte del alma que puede serle infiel; pero generalmente hablando no lo será, por el cúmulo de gracias y singularísimos favores con que la sostiene; y especialmente el hacérsele sentir siempre presente en lo más íntimo de su espíritu.

Santa Teresa explica el modo con que se efectúa la unión de que tratamos, diciendo que la Santísima Trinidad descende con una vinda especialísima, al centro del alma donde quie-

re morar y tener sus delicias perpetuamente. Aquí se le manifiesta con una visión intelectual clara y distinta, y la introduce con todas sus potencias en el mismo centro á donde ha descendido Dios Nuestro Señor, donde el alma vivirá perpetuamente, porque allí sentirá á Dios siempre presente. Después de esto y pasado algún tiempo de santo amor y castísimas delicias, se verifica aquella unión transformativa, altísima, perfectísima y en algún modo indisoluble entre Dios y el alma santa.

La visión de la Sma. Trinidad es distinta y clara, pero no intuitiva; se hace por medio de una nube clarísima; esto es por medio de la fé muy elevada y esclarecida.

Por medio de los éxtasis y raptos que preceden á esta visión, el alma se une á Dios como ciega y muda, en obscuridad luminosa, esto es, sintiendo altamente de Dios, pero sin entender distintamente alguna cosa de El; mas en la visión de que tratamos, se une el alma á Dios, entendiendo con alguna claridad y distinción el objeto divino á quien se une. En los éxtasis y raptos se unía Dios al entendimiento y á la voluntad sin atraerlos al centro del alma; en aquella visión atrae el alma con todas sus potencias á ese mismo centro donde Dios reside y se une con ella; y donde ella siempre siente á Dios, aunque se ocupe en obras exteriores.

La unión perpetua ó el matrimonio espiritual de que hablamos, tuvo lugar en Sta. Teresa de la manera siguiente: después de haber recibido

la visión de la Sma. Trinidad, y habiendo comulgado, se le apareció Jesucristo con grande gloria y esplendor, y le dijo que ya era tiempo de que ella tomara las cosas de El por suyas, y que El cuidaría de las de ella; palabras que indicaban el contrato celebrado entre Jesucristo y la Santa. Esta representación fué imaginaria, pero muy eficaz y la tuvo en lo interior de su alma. Se cambió después en visión intelectual, perfeccionando entre el Verbo de Dios y Santa Teresa, la unión altísima y sumamente transformativa en puro espíritu, con una delicia incomparable, y quedando hecho el espíritu una cosa con Dios, en tanto grado, que no puede expresarse. Esta unión, aunque tan elevada y gloriosa, no es tan perfecta como la que habrá en el cielo. La que aquí se verifica tiene lugar con solo el Verbo Divino, debiendo ser de espíritu á espíritu.

Los principales efectos que quedan impresos en el alma que ha conseguido la unión sobredicha, son los siguientes: Una paz profunda é inalterable; pues no llega á ser turbada con las aflicciones y padecimientos que nunca llegan al fondo del santuario donde vive el alma con su esposo divino. No está sujeta á sequedades interiores de espíritu y será muy raro el caso en que las padezca; y entonces serán muy breves y no llegarán á turbarla. La fantasía suele estar bien ordenada, y las pasiones sujetas á la voluntad; y si alguna vez se mueven, Dios lo permite para ejercicio de la virtud; mas nun-

ca llegan á turbarla. Dios la mueve, la dirige y gobierna en todas sus operaciones. Vive enteramente olvidada de sí misma. Nada le importa la vida ó la muerte, el honor ó el desprecio. Tiene una perfecta conformidad con la voluntad divina. Tiene grandes deseos de padecer, pero sus deseos son tranquilos. Recibe con gran gozo interior las persecuciones y los ultrajes. Es tan grande su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, que nada se cuida de que se le dilate la posesión de la gloria, con tal de glorificar á Dios y salvar muchas almas. Nunca peca con toda advertencia, ni aun venialmente; pero sí puede haber en ella muchas imperfecciones y faltas ligeras propias de la fragilidad humana.

Son altísimas las gracias que hace Dios á las almas en éste estado, obrando por sí mismo en sus potencias lo que no pueden ni los mismos ángeles. Toca Dios la substancia del alma y le comunica sus divinas perfecciones, su belleza, su bondad, su amor y su sabiduría; produciendo en ellas un gozo semejante al de los bienaventurados; les comunica secretos altísimos sobre la unidad de Dios, la Trinidad de personas y la encarnación; y de nuevo las une y transforma en sí mismo con amor sublimísimo y suavísimo. Con un toque íntimo y delicadísimo. El Espíritu Santo las levanta á ser por participación, lo que El es por sí mismo, espiración del amor del Padre y del Hijo: el alma espira por transformación y comunicación, la

misma espiración de amor que el Padre espira al Hijo y el Hijo al Padre según enseñanza de San Bernardo y de San Juan de la Cruz. Unida perfectamente al Espíritu Santo, se inflama más y más, y arroja llamas de un amor más alto y delicioso que enciende en ella el Espíritu Divino á quien da libremente su consentimiento; y por esto merece en aquellos actos sublimísimos de un amor lleno de delicias y de toda santidad.

El alma en este estado da á Dios cuanto ha recibido de El, esto es, sus atributos y perfecciones, y el Espíritu Santo en quien está transformada, para que Dios se ame con su mismo amor. Siente el alma una delicia inexplicable y sacratísima al dar lo que es propio, porque Dios se lo ha dado, y que es digno de Dios y con lo cual le paga todo lo que le debe. Dios acepta con agrado los dones de su esposa y vuelve á darse á ella; y ésta hace otro tanto entregándose á Dios con todo lo que de El ha recibido, gozando de una dicha que sólo es inferior á la bienaventuranza de los santos.

Grandes son las gracias que Dios concede á las almas que llegan á la unión perfecta y estable de amor; entre ellas se cuentan las llagas de amor que se hacen por el mismo Dios en el espíritu, con un toque de la divinidad; y que en vez de enfermarlo le dan la perfecta salud.

Al toque del fuego divino que es el Espíritu Santo, queda el alma llagada de amor. Con otro toque renueva la llaga y la hace más gran-

de hasta reducirla toda entera á una llaga de amor; consumiéndola todo lo bajo y vil que hay en el alma que se resuelve en amor de Dios y queda como divinizada. El Espíritu Santo vuelve á llagarla para favorecerla, recrearla y sublimarla; la fortalece, la llena de delicias y la deifica.

Además de las llagas hay heridas de amor que Dios hace en el alma con un toque agudo y penetrante, pero todo amoroso y suave, con el cual la traspasa con gran dulzura. Suele intervenir en ellas algún ángel ó santo, ó bien Jesucristo. El alma experimenta una dicha que nadie puede comprender. Estas heridas se forman en el espíritu y algunas veces pasan al cuerpo. En estos casos cuanto es mayor la delicia que causa la herida de amor, otro tanto es mayor el dolor que causa la herida en el cuerpo; y si aumenta la delicia aumenta también el dolor.

Los dardos que el alma recibe y que producen tales heridas, son tal vez encendidos; y entonces no sólo la traspasan, sino que levantan llamas de amor en que arde y se derrite con inefable delicia. Estas obras del amor de Dios duran más ó menos según agradare al Señor de quien dependen enteramente. Si las heridas sólo se hacen al espíritu, son más altas, intensas y suaves que cuando se comunican al cuerpo. En este último caso mientras duele la herida, dura la delicia del espíritu; notándose que esta es la primera y se hace por Dios y la del cuer-

po por ministerio de los ángeles. Además, las heridas y otras impresiones pueden hacerse en las almas que no han llegado á la perfecta unión; pero no las llagas de que antes hablamos.

Puede el demonio algunas veces causar las heridas; y las personas piadosas, en virtud de su imaginación, pueden tal vez llegar á creer que llevan impresos en el corazón los signos de la pasión del Señor. En tales casos observe el Director si esas personas están muy adelantadas en la perfección; si han sido purificadas con grandes pruebas por parte de Dios Nuestro Señor; si tienen mucha comunicación con El, habiendo conseguido algún grado de contemplación; si juntamente con el dolor de la herida, gozan de un deleite íntimo, suave y pacífico; si traen consigo elevación y recogimiento de la mente, mucha humildad y mortificación, fortaleza en los padecimientos y ejercicio en las otras virtudes. Si esto fuere así, la obra es de Dios. El Director por su parte guarde mucho silencio, y obligue á tales personas á que oculten los favores que han recibido. No les manifieste estimación alguna por ellos; antes bien humíllelas y mortifíquelas para evitarles los peligros de la vanidad.

Antes de concluir este capítulo advertimos que, en el estado de perfecta unión, el alma en los raptos y éxtasis, algunas veces pierde los sentidos y otras no.

También en el estado de desposorio hay raptos y éxtasis; pero se diferencian de los que

hay en la perfecta unión, en que en éstos el alma es arrebatada sin violencia y con gran suavidad; en que conoce de antemano el rapto á que es llamada; en que Dios se le une en el centro de ella misma; en la mayor claridad de lo que Dios le revela, y la abundancia del gozo en que la inunda. El cuerpo queda en su vigor y en todo mejorado: y si es arrebatado en el aire nada teme, y sigue los dulces atractivos de su Amado.

Aun con estas almas el Director sea prudente y circunspecto; humíllelas y mortifíquelas con discreción; pídale cuenta de su conciencia; manifestándoles que deben temer á Dios Nuestro Señor, tanto más cuanto son grandes los favores que de El han recibido; y ordéneles que rueguen á Dios por las necesidades de la Iglesia y del Estado, por la conversión de los pecadores y por la salvación de todas las almas.

No hay que desear, ni pedir, ni procurar los grados de oración infusa de que hemos hablado; porque es de mayor perfección y camino más seguro el tenerse uno por indigno de esos favores de Dios y estar indiferente en sus divinas manos. Por lo demás, debemes trabajar con todo empeño por adquirir la perfección cristiana y así no pondremos obstáculo á los designios de Dios sobre nosotros. Si el Señor con deseos extraordinarios nos impulsa á aspirar á la contemplación infusa, conviene entonces que sigamos las inspiraciones de la divina gracia.

CAPITULO VI

De las visiones sobrenaturales.

Las visiones pueden ser corporales, imaginarias é intelectuales. El fin que Dios se propone al concederlas, es la santificación de las almas.

Las visiones corporales generalmente son propias de los que comienzan á seguir el camino de la virtud. No son indicio de que las almas están muy adelantadas en ese camino; revelan más bien su flaqueza y miseria; pues necesitan de tales favores y consuelos para no desfallecer; por esto el Director no forme gran concepto de ellas; mas observe cual es el uso que hacen de tales favores y si adquieren con ellos el progreso en las sólidas virtudes; y por su parte procure que los reciban con el fin con que Dios se los concede, que es su propia santificación.

Las señales para distinguir las verdaderas visiones de las falsas, son las siguientes: La visión verdadera al principio causa turbación y temor, y después gozo y tranquilidad de espíritu. La falsa ó diabólica produce al principio alegría y deleite sensible y después inquietud, turbación y tristeza. Las visiones divinas dejan serenidad, elevación de la mente en Dios, buena disposición para la oración; humildad profunda y sincera; todo lo contrario dejan en el